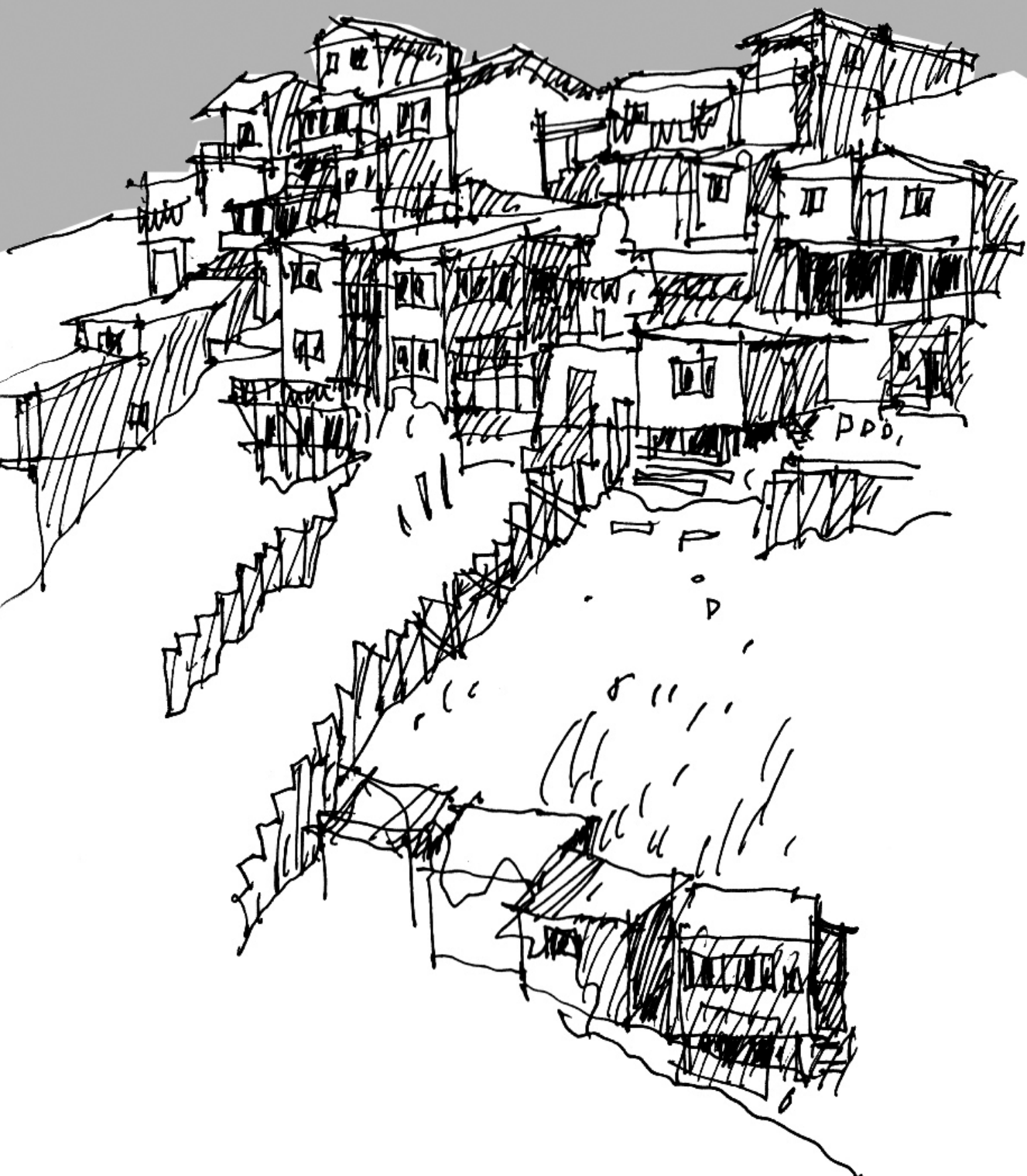




ESTA REEDICIÓN HA SIDO FINANCIADA POR EL
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES,
FONDO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2011



MARÍA XIMENA URBINA CARRASCO

LOS CONVENTILLOS
DE VALPARAÍSO
1880-1920

*Fisonomía y percepción de
una vivienda popular urbana*



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

PORTADA

Fotografía de Harry Olds,
Valparaíso, 1900.

© María Ximena Urbina Carrasco, 2002
maria.urbina@ucv.cl
Inscripción N° 128.097
ISBN 956-17-0329-7

Derechos Reservados
Segunda Edición, 2011
Tirada de 1.500 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso
Fono (32) 227 30 87 - Fax (32) 227 34 29
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P.
Corrección de Prueba: Osvaldo Oliva P.
Los dibujos usados en las portadillas corresponden a Valparaíso
y son de Nicolás Verdejo Bravo, Arquitecto PUCV.

Impreso en Salesianos Impresores S.A.

HECHO EN CHILE

A mi papá



PRÓLOGO

La historia, y los historiadores, nos han permitido a los arquitectos reconocer en sus textos los misterios que han dado forma a nuestras ciudades y a nuestros modos de habitar. Salimos y observamos, escudriñamos el presente, en un esfuerzo por quitar el velo a lo que aparentemente se oculta y que no es evidente. Un presente que, tal como un don, está ahí, disponible, pero que ante la insistencia de buscar las causas y motivos que lo han construido, requieren de ir hacia atrás en el tiempo buscando en los orígenes y las raíces las respuestas que explican el porqué del estado y la forma actual de nuestro medio ambiente construido y natural, social y cultural.

Para quienes solemos ubicarnos en Valparaíso para pensar en la ciudad y sobre la idea de ella, no podemos más que afirmar que ésta no responde a orden alguno más que a su propio orden.

De esta manera, se nos hace necesario ubicarnos al borde del camino y recurrir a las certezas que hay sobre estos misteriosos órdenes que le construyen y le otorgan su forma actual, no por ello, final.

En estas detenciones es cuando nos encontramos con aquellos historiadores que han ido quitando el velo al pasado que aparentemente oculta sus orígenes, y en preciso en este caso, con Ximena Urbina, quién nos regala una notable construcción de un universo de la vivienda local de Valparaíso propia de su historia de puerto, de inmigrantes, oportunidades, comercio, economía y política. “Los conventillos de Valparaíso” se ha convertido en este tiempo en una referencia fundamental para,

en nuestro caso, los estudiantes de Arquitectura que requieren construir una idea sobre Valparaíso basado en las certezas contextuales de la Historia.

Ya Korn, con su libro “La historia construye la ciudad”ⁱ, se atrevió a titular su obra asociada fundamentalmente a la Arquitectura con la referencia acertada a la Historia y al trabajo de los historiadores. Este es un libro que nos habla de los orígenes de la ciudad por allá por la lejana Mesopotamia hasta las formas actuales que vemos hoy que tanto se replican como re interpretan a lo largo y ancho de nuestro mundo. Importante es señalar cómo la Arquitectura, desde sus lejanos inicios se construye en un proceso que se ubica junto a su medio ambiente, entendiéndolo como las relaciones culturales, sociales, geográficas, climáticas y económico-comerciales. En este sentido, vale la relación que construye Korn con los lenguajes propios de las comunidades donde la dimensión vernacular indica las características propias de las comunidades y de la construcción de ciudad que realizan, en un proceso tanto de adaptación al lugar como de las improntas que las propias comunidades plasman en sus asentamientos.

Mucho de esto nos quiere decir Ximena Urbina en su presente libro. Nos indica luego de un certero y arduo proceso de identificación, de aquellas tipologías que se señalan como propias y únicas de esta diversa y heterogénea ciudad puerto de Valparaíso. Un proceso que se va construyendo y consolidando lentamente y paso a paso por quienes van llegando con la firme decisión de emplazarse y permanecer como habitantes de esta ciudad. Ellos trajeron ciertas tipologías, ideas de vivienda, algunas propias complejidades morfológicas las que fueron repartiendo principalmente por las cimas y laderas de los cerros de Valparaíso.

Vale indicar, como la historiadora no solo identifica y reconoce aquellas tipologías que fueron acogiendo a quienes llegaban, por un lado, o que estos mismos fueron construyendo, por otro. O reciclando, replicando o re interpretando. No solo identifica, sino que además nombra. Nombra desde un sistemático proceso de clasificación, de una construcción de relaciones basada en las certezas, tanto históricas como arquitectónicas construyendo una relación por la cual nos presenta a ambas disciplinas, la Historia y la Arquitectura, como una gran unidad.

ⁱ Korn, Arthur, *La historia construye la ciudad*. Serie Temas de Eudeba, Arquitectura y Urbanismo, Buenos Aires, Universitaria, 1963.

Nombrar para los arquitectos es una herramienta fundamental en nuestro proceso de construcción de mundo y de entenderlo como tal. Por ello esta novedad que nos trae la autora de, más que clasificar, sino nombrar lo que constituye la casa y la habitación en Valparaíso, se nos vuelve primordial y fundamental para quienes queremos internarnos en comprender la complejidad habitacional y urbana de una ciudad nunca planeada menos sistematizada como Valparaíso.

En este periplo de ir andando y nombrando, la historiadora se sumerge en la intimidad de la forma construida en la ciudad y se inquieta al señalarnos a los arquitectos que “*No había arquitecto con tanta imaginación como los moradores más pobres de Valparaíso a la hora de protegerse del viento, de la lluvia y de los robos*”ⁱⁱ ¿No es esto acaso referirse directamente a la idea de Arquitectura sin arquitectos? ¿No se encuentra aquí con lo señalado por quienes ven en la Arquitectura vernacular aquellas dimensiones asumidas desde el lenguaje de la comunidad en vínculo cercano y concreto con el lugar aquellas directrices que finalmente dan forma a la identidad propia de cada ciudad y asentamiento?

Es desde aquí que reconozco cómo “Los conventillos de Valparaíso” se involucra con absoluta propiedad en el desarrollo de mi propia tesis doctoral “La Observación Arquitectónica: La Periferia Efímera de Valparaíso”ⁱⁱⁱ, en la que la clave para comprender la forma y constitución actual de Valparaíso pasa por reconocer su contenido en todas sus dimensiones, y donde se concluye que en gran medida su trazado actual responde a estos moradores pobres que, sin mayores recursos, con la urgencia del recién llegado a la ciudad y la emergencia de contar con un lugar trazaban un primer sendero para alcanzar la rancho, que, con la prosperidad que puede dar el tiempo finalmente alcanza a consolidarse como una calle para llegar a esta y otras casas dentro del término concreto de la acepción. Hacer lugar era de una gran dificultad, hacer ciudad casi imposible. Ya señalaba en 1744 el obispo de Santiago, González Melgarejo, “*por estar toda rodeada de cerros, que para fabricar una casa a fuerza de picos rompen los cerros con gran trabajo; no tiene más que una calle larga y las casas pegadas al cerro*”. Por ello esta diversidad de tipologías

ⁱⁱ Urbina, Ximena, *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920: fisonomía y percepción de una vivienda popular urbana*, Serie Colección Quintil. Serie Argumentos (1a. ed.), Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2002.

ⁱⁱⁱ Tesis Doctoral por la Universidad Politécnica de Cataluña, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, 2008.

en que muchas, en un proceso de mimesis de la idea de vivienda traídas desde fuera, fueron asumiendo sus propias modificaciones para ir luego adaptándose a estos suelos y luego a las demandas de sus habitantes que también reconocían en ellos mismos una distinta manera de vivir e ir por la ciudad.

Aparentemente esta forma de construir ciudad no intentaba apuntar hacia la consolidación como tal, como generadora de una definitiva forma de ciudad, sino al contrario. Solo se quería un lugar donde comenzar a vivir. Un estado precario y temporal, un “por mientras” se llega, con el tiempo, a una construcción más formal, cercana a la idea de “hogar”. Por esto la historiadora nos indica tal cantidad de distintas tipologías que emergen desde la idea más básica que conocemos de lugar para estar, el rancho. Por eso, finalmente insisto, como en mi tesis, sobre la idea del “por mientras”, como un hecho transitorio, una casa que se construye mientras se obtiene una solución definitiva pero que sin embargo se perpetúa a través de su mejora material y sus ampliaciones generando a veces espacios de evidente riqueza.

La autoconstrucción ha sido sin duda una protagonista esencial en la forma actual de los cerros y laderas de Valparaíso. Lo ha sido, lo es y de seguro lo seguirá siendo aun considerando las políticas de vivienda y urbana de la ciudad. En este sentido, una de las dimensiones más válidas a considerar es lo relativo al concepto de “precariedad” en relación a lo temporal y lo efímero de lo primero que se construye. Desde las carencias de recursos y el acceso a los materiales, se evidencia en la autoconstrucción un proceso inicial material y constructivamente desvalido. Sin embargo, desde una detenida mirada arquitectónica se manifiestan extraordinarias morfologías espaciales de una gran riqueza simplemente para dar respuesta a las demandas tanto de lo que exige adecuarse al lugar del emplazamiento como a los usos y necesidades de sus habitantes.

Esta instancia de hacer ciudad desde la autoconstrucción, es propia de muchas ciudades y culturas en el mundo, desde todos los tiempos. Hoy y ayer ha sido fuertemente conformadora de muchas ciudades en América Latina. Sin embargo no hay duda que en Valparaíso ha sido una realidad constante que ha trazado finalmente sus cerros, su caracterización urbana y sus viviendas. Esto ha generado la gran diversidad y heterogeneidad que nos presenta Ximena Urbina y la cual con gran entusiasmo nombra. Un importante discurso para comprender lo aparentemente caótico de Valparaíso. Un caos que no lo es tal sino el resultado formal de una rica articulación de su propia diversidad. Este libro, por ello, se nos muestra como un

lenguaje primordial que sustenta las bases de la “idea de ciudad” que nos presenta Valparaíso, que va develando desde su intimidad habitacional la forma que el trazado va siguiendo.

No hay duda sobre la precariedad material que ha dado la primera forma de las tipologías autoconstruidas en Valparaíso, y de acuerdo a lo que he estudiado, tampoco la hay sobre el destino de los recursos disponibles cuando los hay. Concretamente el uso de los recursos materiales está asociado fundamentalmente a las ampliaciones muy por sobre el mejoramiento de las condiciones de habitabilidad. Aun cuando esta articulación va en desmedro de las condiciones de confort, es una instancia primordial sobre la evolución de las tipologías que se van asentando en Valparaíso. Es la originación de la diversidad formal, aquella que luego evidencia la heterogeneidad de los cerros de Valparaíso. Una heterogeneidad casi sin jerarquías pues su fin último es solo sostenerse en un por mientras que luego prevalece en el tiempo.

Junto al momento de nombrar que nos presenta la historiadora, está el concepto básico que desarrolla sobre los conventillos. Aquellas agrupaciones emplazadas y adaptadas que contenían la idea de grupo multifamiliar, los colectivos, que en consideración a los tiempos de crecimiento explosivo de Valparaíso se repartían por los barrios del “plan” o área plana de la ciudad y otros se atrevían a encaramarse tímidamente por las laderas más cercanas.

Lo interesante que nos presenta es la articulación de la relación entre dos ideas claras, una tipología traída, foránea, a modo de los mismos cités que se masificaron en Santiago, pero con la impronta del puerto, la modificación certera del emplazamiento. Aquello que, para que exista, luego le permite identificarse. La otra, la mera autoconstrucción que se reparte por los cerros y de la cual se ha hablado largamente desde su urgencia y su proceso de mimesis. En los conventillos se reconocen tipologías propias de la inmigración extranjera. Nombres de algunos de ellos recuerdan sus orígenes italianos. Otros presentan modificaciones conservando por sobre todo el solar de patio interior. Algunos evidencian el esfuerzo sostenido en el diseño y la construcción de la fachada a la calle. Modos de hacerse a la ciudad desde sus íntimos interiores que ocultan sus devenires, usos y actividades que en ellos se realizaban, y aun hoy se llevan a cabo en los que permanecen, lo que largamente expone la historiadora.

Pocos de estos conventillos permanecieron inmodificados en el tiempo. El paso de los años les fue otorgando variantes que respondían a las demandas, a soste-

nerse en pie fruto de las condiciones de construcción y lo sucesivos terremotos, al hacinamiento que los llevaba a ampliarse como los segundos pisos “hechizos” que identifica la autora.

El conventillo apareció como una solución directa a la demanda de habitación, pero quizás no resolvía el anhelo de la casa. Se hizo sin duda cargo de dar lugar a la inmigración, un suelo posible donde no lo parecía. Precario, pero suelo al fin. Como señala Ann Pendleton-Jullian (1996:61)^{iv} en los cerros se plasma la necesidad de hacer espacio en pendientes de 60 grados pero en la aventura de la poética del mar, el sol y el horizonte.

Una aventura que ya en 1954 insinuaba Alberto Cruz al señalar en el “Estudio Urbanístico Para Una Población Obrera en Achupallas”:

“Codueños de Valparaíso mirando el mar a través de los árboles
Lo que tanto se buscaba
El mar a través de los árboles
La ola y la hoja”^v

En esta ciudad, de carencias pero de un presente propio de su profundo pasado, se es codueño de Valparaíso. Esa es su aventura.

A esto nos invita el presente libro, a sumergirnos en las palabras que nombran el contenido fundamental de la ciudad: la casa, vivienda, habitación, a fin de cuentas, el hogar. Un hogar diseminado de tal forma que se apropia de la condición poética de Valparaíso.

MAURICIO PUENTES RIFFO

Escuela de Arquitectura y Diseño, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

^{iv} Pendleton-Jullian, Ann, *The Road That Is Not a Road: And The Open City, Ritoque, Chile*, The MIT Press, Massachusetts, 1996.

^v <http://www.ead.pucv.cl/1954/proyecto-achupallas/>

PRÓLOGO DE ARMANDO DE RAMÓN FOLCH (Q.E.P.D.) A LA PRIMERA EDICIÓN

Nos encontramos en presencia de un estudio producido por una joven historiadora porteña y dedicado al análisis de la situación de la población más pobre de Valparaíso a finales del siglo XIX y principios del XX.

Sin duda que la presente obra debió ser una empresa nada de fácil para la autora pensando en que los trabajos que hay sobre el tema de la vivienda popular, desde Vicuña Mackenna hasta el presente, están referidos casi exclusivamente a Santiago. Para Valparaíso, sólo los viajeros y visitantes venidos de países extranjeros suelen darnos algunas referencias sobre su problemática.

Esta situación ha sido permanente para los historiadores chilenos. La historia de la sociedad urbana no ha sido el tema favorito de ellos, al que no le han dedicado sus desvelos como el asunto lo merece. En cambio los científicos sociales, y también los ensayistas y novelistas durante la primera mitad del siglo XX se han volcado con mucho entusiasmo hacia el estudio de una realidad tan acuciante como lo fue la habitación popular.

De los novelistas podemos tomar a cinco de los más importantes que abordaron este drama popular para la ciudad de Santiago: José Santos González Vera que lo hizo con su libro *Vidas mínimas*, aparecido en 1923; Manuel Rojas con otra novela titulada *El delincuente*, editada en 1929; también Alberto Romero con *La viuda del conventillo*, publicada en 1930; Carlos Sepúlveda Leyton, a través de *Hijuna*, que apareció en 1934; y finalmente Nicomedes Guzmán, autor de *Los Hombres Oscuros*, cuya primera edición vio la luz en 1946. Ellos constituyen una muestra de los mejores novelistas de la primera mitad del siglo pasado y su obra no sólo fue una denuncia

social sino también el origen de una divulgación de este drama entre todas las clases sociales, muchos de cuyos miembros daban sus espaldas a una realidad penosa.

En cambio la obra de los historiadores, todos escribiendo sobre lo que pasaba en Santiago, se reduce a algunos escasos trabajos. La mayoría se refieren a la vivienda popular dentro de un contexto más amplio de historia urbana como es el caso del estudio del argentino Luis Alberto Romero, *Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895 Vivienda y salud*, o el del autor de estas líneas que escribió un artículo para una recopilación de trabajos publicada en Londres en 1984 bajo el título de *Santiago de Chile, 1891-1924*. En cambio es difícil encontrar un libro o artículo histórico dedicado exclusivamente al tema de la vivienda popular o conventillo. Solamente podemos mencionar la conocida obra de Isabel Torres Dujisin, *Los conventillos de Santiago, 1900-1930*, aparecido en Cuadernos de Historia, del Departamento de Historia de la Universidad de Chile en su número 6, de 1986.

Puede así aquilatarse la importancia del trabajo que ahora presentamos, trabajo que está enfocado hacia el puerto de Valparaíso y que es un aliciente que presenta la posibilidad para que se estudie este fenómeno en otras ciudades además de la capital de la República.

La realidad “porteña” no tenía nada que envidiar a la de Santiago en cuanto a insalubridad, miseria y abandono de los grupos sociales que habitaban en los conventillos y demás viviendas precarias.

Según nos cuenta la autora, en este puerto la definición de conventillo era muy amplia pues comprendía no sólo a los conventillos clásicos ubicados en edificios levantados para este fin con un, a veces, amplio patio rodeado de corredores al cual se abrían las diferentes habitaciones. Pero también se llamaba así a las casas grandes y antiguas cuyas piezas habían terminado siendo alquiladas a diferentes familias. Por último, igualmente se consideraba conventillo a los ranchos, carpas y toldos amontonados en un sitio que se rodeaba de cercas.

Estos edificios se encontraban distribuidos por toda la ciudad, aunque en forma preferente en las quebradas y el pie de los cerros. Su número, según datos que proporciona la misma autora, ascendía a 543 en 1892 y a 1619 en 1905. Se trataba, pues, de un real problema que, pese a todo, no quitaba el sueño ni a las autoridades ni a los particulares dueños y beneficiarios de esta situación.

Si bien tampoco le quitaba el sueño a los cónsules extranjeros, algunos de ellos espantados frente a esta realidad, solían escribir informes a sus gobiernos sobre lo que estaban viendo todos los días.

El vicecónsul Mr. Arthur L.S. Rowley, refiriéndose al aumento de los salarios en Valparaíso en 1906 a causa de la escasez de mano de obra derivada del terremoto de ese año, expresaba que esto no había mejorado el nivel de vida de los trabajadores: “Desafortunadamente entre las clases asalariadas, la flojera y los hábitos alcohólicos de la mayoría, parece solamente haber aumentado con la facilidad que se gana el dinero, y aun está distante el tiempo en que se mire como indispensable el tener casas confortables y bien aperadas, con habitaciones separadas y otras comodidades. Pese a la terrible epidemia de viruela que arrasó a Valparaíso durante el último año y a sus efectos, éstos no parecen haber influido para un cambio en sus costumbres aunque, según el doctor Carvalho, secretario del Consejo de Salud, de 12.308 infectados murieron 5.630 en Valparaíso y Viña del Mar solamente”¹.

Todavía el mismo funcionario en aquel año, insistió sobre el terrible problema de la falta de salud y de comodidades que afectaba a las clases bajas en Valparaíso. “El brote de epidemia [de viruela] se debió a varias causas, especialmente al primitivo sistema de desagüe de las aguas servidas y al defectuoso estado de los terrenos que rodean la ciudad [de Valparaíso] donde reside la población pobre, las miserables casas donde viven apiñados, así como el lodo y la suciedad de esos terrenos que luego de una fuerte lluvia van a caer sobre las partes bajas de la ciudad donde permanecen por semanas en estado de putrefacción bajo los poderosos rayos del sol. La tasa de mortalidad causada por la viruela sobre Valparaíso y Viña del Mar, sobrepasa los 8.000 casos sobre una población en las dos ciudades, estimada en 175.000 habitantes”.

Esta situación avala, sin necesidad de otros alicientes, la urgencia e importancia de analizar el problema de la vivienda de los pobres en todo el país. La época escogida parece la más adecuada ya que el país entero, a pesar de las riquezas que emanaban de las exportaciones de minerales, se encontraba como paralizado frente a una realidad tan acuciante como ésta. Cuesta creer que para dictar una ley como la N° 1838 de 20 de febrero de 1906, debieron pasar muchos años durante los cuales esta iniciativa durmió en el Congreso Nacional de Chile.

¹ British Library, Parliamentary Papers, Annual Series N° 3698, Año 1906.

Si logramos obtener una síntesis de lo que ocurría en todo el Chile urbano, posiblemente se entenderán mejor no sólo las explosiones populares de 1890, 1905, 1907 y 1919, por citar las que produjeron mayores represiones, sino que también entenderemos la inmensa labor que debieron hacer los gobiernos mesocráticos entre 1938 y 1973 para corregir esta terrible herencia.

En todo caso, es para este prologuista muy grato participar en la introducción de esta obra que trata sobre la vivienda popular (ranchos y conventillos) en el puerto de Valparaíso entre los años 1880 y 1920.

Este agrado obedece, a varios y especiales motivos.

En primer lugar la propia autora del libro que ahora comentamos pertenece a una generación que está comenzando a pisar los umbrales de la investigación histórica. Ya ha dado un primer paso cual es su opción por un doctorado en la Universidad de Sevilla, a la vera del Archivo de Indias, desde donde, a no dudarlo, extraerá la savia necesaria para llevar a cabo uno o varios nuevos estudios. Me alegra, igualmente el hecho real de que la novel historiadora tendrá que integrarse al universo de muchos historiadores de su generación, todos ellos, por supuesto, tan novicios como ella, aunque ya muchos con algún importante trabajo de esta ciencia a cuestas. Podrá ocurrir que alguno de ellos pueda claudicar y cambiar sus opciones. Con todo, los que perseveren van a constituirse en los difusores de esta especialidad en Chile permitiendo así que la historia urbana tome forma e importancia en nuestro país y pueda equipararse a los grupos que se dedican a esta ciencia en otros países del continente y que se encuentran en muchos casos, con un desarrollo más avanzado que el nuestro.

Un segundo motivo de agrado lo constituye la elección del espacio hecho por la autora: el puerto de Valparaíso y sus barrios más modestos, tema apasionante y de gran importancia para la historia de Chile y el Pacífico, aunque todavía muy poco estudiado por los historiadores. En este sentido, el trabajo de Ximena Urbina es muy prometedor, especialmente si anotamos que esta autora se encuentra ahora acompañada por otros, entre los cuales hay que anotar, a propósito de la conurbación Valparaíso-Viña del Mar, a Rodrigo Booth, historiador, también muy joven, quien acaba de publicar un importante trabajo sobre la configuración balnearia

del Gran Valparaíso entre 1825 y 1925². Si a estos añadimos a algunos extranjeros como el norteamericano Samuel Martland, quienes trabajan la historia del primer puerto de la República, podemos estar seguros que el récord ganado por Benjamín Vicuña Mackenna en 1869 con su Historia de Valparaíso, podrá al fin ser alcanzado y sobrepasado en los próximos años.

Pero el principal motivo de satisfacción reside en el encuentro con una joven cultora de la historia urbana surgida en una universidad de región como lo es la Universidad Católica de Valparaíso. Hasta ahora, fuera de las llamadas historias locales, muchas de escaso valor, casi todos los estudios de historia urbana giraban en torno a la problemática de la capital de Chile, por lo que cada vez era más perentoria la necesidad de contar con estudios de igual calidad acerca de las principales ciudades chilenas.

Sobre esto hay que recordar que la historia urbana es una especialidad surgida de la propia América Latina. No es una copia obsequiosa o ingenua de lo que se ha hecho en algunos países de Europa o en Estados Unidos, sino que puede, legítimamente, vanagloriarse de ser una especialidad histórica desarrollada en nuestro continente.

Se trata, pues, de una especialidad de la historia que muchas veces ha salido de América para dictar cátedra en otros continentes. Ello quedó de manifiesto durante las sesiones realizadas por el “Simposio sobre Urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días”, que se realizó en el seno del Congreso de Americanistas desde la reunión de Mar del Plata efectuada en 1966. A continuación se realizaron los simposios de Stuttgart en 1968, de Lima en 1970, en Roma en 1972, en México en 1974, en París en 1976 y en Vancouver en 1979. En total siete simposios a los cuales habrá que agregar otros dos que se efectuaron autónomamente sin el patrocinio del Congreso de Americanistas: el de Standford (California) en 1982, y el de Port au Prince, continuado en Santo Domingo, en 1986.

Estos nueve simposios estuvieron dirigidos por el norteamericano Richard Morse y por el argentino Jorge Enrique Hardoy y en ellos participaron una gran mayoría de latinoamericanos quienes sentaron, durante sus sesiones, las bases de la historia urbana en Latinoamérica.

² En revista *Eure*, vol. XXVIII, N° 83, mayo 2002.

La participación de los diversos países del continente en estos simposios fue desigual. Hubo siempre una mayoría de argentinos, aunque también siempre hubo chilenos, peruanos, brasileños, mexicanos y representantes de otros países del mismo. El autor de este prólogo tuvo la oportunidad de participar en este grupo de estudio desde el 5° Simposio, realizado en París, hasta el último, el noveno, que tuvo lugar en Port au Prince en 1986, una década de participación con un grupo muy preparado y que fijó mi interés en esta especialidad desde entonces hasta ahora.

Como decía, hay países como la Argentina, que cuentan desde hace mucho, con una pleyade de historiadores provenientes muchos desde las facultades de Arquitectura y de Urbanismo de la Universidad Nacional de Buenos Aires. La inspiración de los historiadores urbanos ha sido, sin duda, José Luis Romero y su maciza obra³ siendo más tarde guiados por uno de sus alumnos y heredero intelectual Jorge Enrique Hardoy, ambos hoy ya fallecidos. Actualmente descuellos, entre otros muchos, Andrés Gorelic autor de una obra importante⁴, aunque también se destacan Ana María Rigotti en Rosario y Elisa Pastoriza en Mar del Plata.

Algo similar ocurre en Brasil donde existe una importante escuela de esta especialidad y donde han rivalizado en magníficos estudios sobre la realidad histórica urbana María Stella Bresciani, José Murilo de Carvalho y Nicolau Sevcenko.

Para México hay que recordar las investigaciones realizadas por Alejandra Moreno Toscano sobre la ciudad de México durante el siglo XIX, las que han creado escuela entre sus numerosos ayudantes. Lo mismo para el Perú, donde recordamos, en especial, el antiguo Instituto de Estudios Peruanos (IEP), y a quien fuera su director José Matos Mar, los que profundizaron sobre la emigración y los llamados pueblos jóvenes en Lima y la costa peruana. En nuestros tiempos, hay que destacar a Gabriel Ramón con su estudio sobre los “callejones” de Lima.

Todavía hay que mencionar otros países y autores. Creo importante citar a Juan José Martín-Frechille en Venezuela, a Alberto Saldarriaga en Bogotá y a Mariano Arana en Uruguay, cuya obra, como la de muchos de los nombrados, es casi completamente desconocida en nuestro país para la mayoría de los historiadores.

³ *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976. Hay una edición hecha por la Editorial de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia 1999.

⁴ *La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires 1998.

La historia urbana, como especialidad fue ejercida, en solitario, durante varios años en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, por el autor de este prólogo. Sin embargo el fruto fue muy escaso en esa época, ya que no se logró entonces transferir el personal entusiasmo del profesor a los jóvenes quienes siguieron esos cursos en el referido Instituto. No obstante hubo unos pocos que adoptaron decididamente la peculiar manera de ver la historia a la luz de la realidad de las ciudades grandes y pequeñas que se han levantado en los países. Entre ellos Gonzalo Cáceres, actualmente profesor en la misma Universidad, pero en su Instituto de Estudios Urbanos de la Facultad de Arquitectura, lugar donde está tomando la talla de maestro por su gran versación y competencia.

Estos pocos, han tenido un efecto multiplicador ya que, como lo mencioná-bamos, han comenzado a aparecer cultores de esta disciplina entre las nuevas generaciones. Ello permitirá, sin duda, que aumenten en Chile los estudios acerca de la historia urbana y su influencia fundamental en la historia política, económica y social de nuestro país.

ARMANDO DE RAMÓN
Julio de 2002

PRÓLOGO DE SANTIAGO LORENZO SCHIAFFINO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este libro contiene un trabajo muy bien escrito y mejor estructurado, donde su autora da cuenta del estado de la investigación acerca del tema, comenta la escasa bibliografía existente, incluidas las publicaciones inéditas, formula la hipótesis de trabajo, explica la metodología empleada y ordena los capítulos en forma muy coherente, facilitando la comprensión de la materia.

El trabajo bibliográfico y de fuentes es exhaustivo, pues se ha espigado tanto la documentación manuscrita como impresa, existente en el Archivo de la Municipalidad de Valparaíso y en el Archivo Nacional, así como la información contenida en la prensa, en revistas correspondientes al período estudiado, en la literatura, en el cine y en la iconografía atinente al tema. La autora, con gran criterio histórico y metodológico ha sabido combinar la abundante y valiosa información especializada y erudita reunida con la aportada por la literatura, de innegable valor testimonial, por corresponder a recuerdos y vivencias experimentadas de autores que tuvieron contacto con la realidad estudiada, como es el caso de Manuel Rojas, otorgándole al relato particular vivacidad.

En cuanto a la metodología, como la misma autora lo indica, el estudio se divide en tres partes. En la primera, estudia la evolución de la vivienda de los pobres en relación con el crecimiento demográfico y la topografía de Valparaíso; el emplazamiento de los conventillos en la ciudad y su tipología. La segunda estudia al conventillo en su dimensión social; mientras que la tercera parte aborda las distintas percepciones o imágenes que del conventillo tenían la sociedad, los pobladores y las autoridades. Para estas últimas, asumir el conventillo como un problema social, les permite delinear políticas tendentes a erradicarlo del medio urbano.

Adentrándonos en la primera parte, antes de abordar de lleno el estudio de los conventillos, se refiere al emplazamiento de Valparaíso y a las relaciones entre la topografía y la vivienda popular, comparando las viviendas populares porteñas con las de la capital, para ofrecer una sugerente tipología de esas peculiares construcciones. De la investigación se deduce que, “al parecer, el hacinamiento de los ranchos porteños fue peor que el de Santiago”, porque la topografía les imponía algunas limitaciones a las que no estaban sujetos los de la capital, aludiendo, por ejemplo, que pudieron disponer de patio, mientras que en Valparaíso el patio muchas veces fue la quebrada. Además, se nos informa, que para estas construcciones en la capital se usó “adobe con techo de paja u otros materiales precarios”, mientras que en el Puerto “el adobe fue la excepción en los cerros”, empleándose en su lugar “caña y barro, tablas, desechos de naufragios, maderas podridas, telas o harapos, cueros de animales, latas, cartones, rieles, adoquines, totora”.

El tránsito del rancho al conventillo y su consiguiente proliferación en Valparaíso es estudiado con gran erudición. Según la autora, los conventillos se multiplican gracias a que su construcción constituía un excelente negocio para sus dueños, quienes podían disponer de numerosos arrendatarios en un espacio muy pequeño dotado de precarios servicios de uso común. Los conventillos también habría constituido una respuesta fácil y barata al gran crecimiento demográfico experimentado por la ciudad durante el siglo XIX.

Hechas estas precisiones, que por cierto están muy bien fundamentadas, la autora elabora un catastro de los conventillos porteños, estableciendo su ubicación, aspecto de los mismos, materiales empleados en su construcción, mobiliario, etc. Sobre la base de esa información, que la autora ha recogido con gran esfuerzo, paciencia, criterio histórico e inquietud científica, el libro nos ofrece la geografía de los conventillos porteños, registrada en planos que indican su ubicación en la ciudad. Haber logrado establecer el emplazamiento de los conventillos en el Puerto durante el período estudiado, realizar una tipología de los mismos y lograr distinguirlos de los cités así como de otras habitaciones populares con los cuales suele confundirseles, constituye un gran aporte que resulta indispensable destacar, tanto por su carácter inédito cuanto porque facilita y ayuda al conocimiento y a la comprensión del tema.

Más adelante, al iniciar el estudio del conventillo en su dimensión social, la autora reconoce las limitaciones que ofrece el tema en este aspecto, indicando que “las fuentes son escasas, parcas y frías en lo referente a los hábitos y relaciones

personales de los moradores”. Sin embargo, reconociendo que estas limitaciones son reales, pues con ellas han tropezado todos los historiadores que han enfrentado el tema, nos parece meritorio el esfuerzo desplegado en la búsqueda de datos de tan diversa procedencia, para recrear la vida cotidiana de los pobladores de conventillos, que tan pocos han resultado para los estudiosos. A partir de esta indagación, se refiere a los tipos humanos que habitaban los conventillos, identificando, entre otros, a lancheros, estibadores del puerto, cargadores del mercado, pescadores, locatarios de recovas, vendedores ambulantes, trabajadores ocasionales, lustrabotas y, en gran número, hombres desocupados. En cuanto a las mujeres que allí vivían sus observaciones son muy precisas, señalando que éstas fueron grandes protagonistas de la vida en los conventillos, y, muchas veces, el sostén de las familias que los habitaban, desempeñándose principalmente de lavanderas, cocineras, costureras, vendedoras ambulantes, empleadas domésticas, e incluso como prostitutas. Destaca, que en esas precarias viviendas “la sociabilidad se producía naturalmente”, considerando que se compartían pasillos, patios, lavaderos, servicios higiénicos y cocinas, dando a ocasión a “los compadrazgos y las visitas cotidianas”, a “préstamos de dinero, útiles de cocina y alimentos que, a veces, hacían difícil diferenciar lo propio de lo ajeno”. Sin embargo, a la autora no le pasa desapercibido, y lo hace notar, que con tanta cercanía de una familia a otra “se podía pasar fácilmente de la amistad y la solidaridad a las peleas más enconadas”, haciendo referencia a algunas rencillas ventiladas en los tribunales, de las que da cuenta el archivo judicial.

El escrito deja muy en claro que en estos espacios de sociabilidad de gente pobre la rutina era distinta los domingos y festivos respecto del resto de la semana, así como en el día respecto de la noche. Los días de fiesta los hombres “se vestían endomingados, con paletó y sombrero”, mientras “las mujeres se arreglaban con su mejor vestido y el día adquiría un colorido especial, porque era de visitas a los vecinos u ocasión de bajar al plan a disfrutar de un paseo a la plaza de la Victoria”, o momento para la diversión en el propio conventillo. En cuanto al día respecto de la noche el cambio más notable parece ser el reemplazo de las lavanderas y costureras trabajando y haciendo vida social por las prostitutas ejerciendo su profesión.

El capítulo final se refiere a la percepción que tienen del conventillo la sociedad, sus pobladores y las autoridades, dejando en evidencia que la sociedad como las autoridades son contestes en cuanto a identificar a los conventillos con “Sodoma y Gomorra”, con ropa tendida, con bandera blanca que indica cuarentena, en general, con pobreza, desaseo y marginalidad. La investigadora señala que conventillo

sugería “una vivienda, olores, colores, ropa tendida, mujeres ocupadas en algo, numerosos niños jugueteando, miseria, violencia en el lenguaje, y antro o tugurio peligroso para el foráneo”. El poblador, en cambio, agrega, “lo sintió como propio, a pesar de los juicios negativos, y a pesar también de sus propias miserias. Se connaturalizó con ellos y se hizo impermeable y hasta creyó que para él no había otro lugar mejor”.

Finalmente, deseo felicitar a la autora, a quien auguro un gran futuro en el campo de la investigación histórica, por su contribución a la historiografía de Valparaíso, así como también a Ediciones Universitarias de Valparaíso por dar cabida a obras como la reseñada en su línea editorial.

SANTIAGO LORENZO SCHIAFFINO
Agosto de 2002

AGRADECIMIENTOS

En esta reedición de “Los conventillos de Valparaíso” quiero agradecer, en primer lugar, a quien fue el profesor guía de esta investigación de tesis de magister, el Dr. Santiago Lorenzo Schiaffino, hoy distinguido como Profesor Emérito de nuestra Universidad. Asimismo, a la memoria del profesor, arquitecto e historiador José Armando de Ramón Folch, fallecido a comienzos del año 2004, quien fuera impulsor en la idea de publicar esta investigación. A Ediciones Universitarias de Valparaíso, editorial en las dos ocasiones de este libro, y muy especialmente a la persona de Guido Olivares. Finalmente, al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, quien a través del concurso del “Fondo del Libro”, en su versión 2011, ha seleccionado a esta obra para financiar su reedición.

A menos de una semana del lanzamiento de este libro, en octubre del año 2002, me fui a la Universidad de Sevilla, a iniciar mi doctorado en Historia. Al año siguiente, estando yo en España, esta tesis de magister, ya publicada como libro, fue distinguida con el “Premio Miguel Cruchaga Tocornal”, que concede la Academia Chilena de la Historia. No pude estar en la ceremonia de entrega del premio. Desde entonces me he dedicado a la historia del territorio austral de Chile durante el período colonial, el desconocido país que se extendía al sur del llamado “Estado de Arauco”, desde Valdivia hasta el confín de América. En esos estudios el centro está puesto no en la ciudad, sino en el territorio. Finalmente, obtuve el grado de doctor en mayo del 2006. Volví a Chile con una tesis en historia colonial bajo el brazo, que publiqué como libro por esta misma editorial en enero del 2009.

Pero al regresar del doctorado me sorprendió saber que el riquísimo fondo documental del Archivo de la Municipalidad de Valparaíso, se había cerrado a los investigadores - y lo sigue estando - por no poder la Municipalidad dar garantías de

su conservación. Me sorprendió también saber que mi libro había sido leído, porque me había ido a España sin haberlo visto nunca en una librería, y porque casi me había olvidado de él, enfrascada en mi tesis doctoral. Pero me di cuenta que había sido útil a algunos, porque había contribuido a abrir caminos de investigación. Y para mi sorpresa, más en Arquitectura que en Historia. Como consecuencia de ello en la Escuela de Arquitectura y Diseño de la Universidad me invitaron a participar dando algunas clases, desde comienzos del año 2007, y luego en la conformación del Magister en Arquitectura y Diseño, mención Ciudad y Territorio, del que soy profesora, en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. El libro encontró su espacio. Y se le ha dado sentido. Por eso me pareció oportuno reeditararlo.

En esta ocasión, el prologuista es el Dr. Mauricio Puentes Riffo, arquitecto, profesor de la Escuela de Arquitectura y Diseño de la Universidad. A través de él, manifiesto mi mas profunda gratitud y afecto a dicha Escuela en todo su conjunto, a quienes, además de mi padre, va dedicado este libro.

XIMENA URBINA
Agosto de 2011

ÍNDICE

PRÓLOGO MAURICIO PUENTES.....	7
PRÓLOGO DE ARMANDO DE RAMÓN (Q.E.P.D.) A LA PRIMERA EDICIÓN.....	13
PRÓLOGO DE SANTIAGO LORENZO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	21
AGRADECIMIENTOS.....	25
SIGLAS Y REFERENCIAS.....	29
INTRODUCCIÓN.....	33
CRECIMIENTO URBANO EN EL SIGLO XIX Y LA VIVIENDA DE LOS POBRES: RANCHOS Y CONVENTILLOS.....	55
• El emplazamiento de Valparaíso, la estrechez del terreno y el crecimiento vertical.....	55
• Topografía y vivienda popular: los ranchos del siglo XIX.....	62
• Tipología de los ranchos porteños.....	67
• Inmigración popular.....	74
• Saturación del espacio y problemas urbanos.....	83

EL EMPLAZAMIENTO DEL CUARTERÍO:	
GEOGRAFÍA DE LA POBREZA URBANA.....	93
• El negocio de la habitación popular.....	93
• Catastro, localización y aspecto que mostraban los conventillos más pobres: 1880-1920	107
• Construcciones y actividades vecinas a los conventillos	116
 EL CONVENTILLO POR DENTRO:	
ESPACIOS PRIVADOS Y COMUNES	121
• Fachadas y materiales de construcción.....	121
• Los cuartos	128
• El patio o pasillo	137
• Los servicios: provisión de agua, excusados, desagües y evacuamiento de basuras	143
 DIMENSIÓN SOCIAL DEL CONVENTILLO	157
• Los moradores	157
• Vida cotidiana: día y noche.....	175
• Miserias e infortunios.....	190
 PERCEPCIÓN O IMAGEN DEL CONVENTILLO	199
• Imagen popular del conventillo.....	199
• Imaginario de los barrios pobres.....	202
• Visión de la autoridad y soluciones propuestas: el tema de la insalubridad y las epidemias	208
• Las medidas sanitarias adoptadas	216
• Erradicar el conventillo	220
• Una solución proyectada: habitaciones para obreros, y pervivencia de los conventillos	223
 CONCLUSIONES	231
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	235
 ANEXOS	263